

Enrique Molina

## Nietzsche dionisiaco y asceta, su vida y su ideario

### PALABRAS PREVIAS



**M**AS de un lector bien informado podrá preguntarse a qué viene un nuevo estudio sobre Nietzsche cuando hay tantos y algunos de bastante mérito. Pero este escritor es uno de los fenómenos más interesantes de la segunda mitad del siglo XIX, fenómeno histórico y psicológico, alma doliente en sumo grado, pensador lleno de contradicciones, y en ellas siempre honrado y sincero, supremo artista de la palabra que arrastra con el embrujo de su verbo exaltado, libérrimo y blasfemo. Sus proyecciones sobre el siglo XX son considerables. ¿No ha sido acaso uno de los padres espirituales del nacionismo? Con o sin nacionismo, ¿no ha sido el preconizador de la dureza y la violencia?

Con rasgos dramáticos y goyescos Nietzsche ha dejado trazadas de sí mismo notables siluetas. Así dice en las rimas preliminares de la *Gaya Ciencia*, destacando primeramente su carácter contradictorio:

«Aspero y dulce, grosero y fino,  
Familiar y extraño, inmundo y limpio,  
Cita de los locos y de los sabios,  
Todo esto soy, quiero serlo,  
A la vez paloma, serpiente y cerdo» (1).

Y luego más adelante, poniendo el acento en su temperamento exaltado:

«Ya sé cuál es mi esencia.  
Insaciable como la llama  
Ardo y me consumo a mí mismo:  
Luz es todo lo que toco,  
Carbón todo lo que dejo:  
Por cierto llama soy de fijo» (2).

El renombre de Nietzsche empezó a crecer después de su locura. Antes permaneció ignorado y desconocido. Lo que ocurrió fué como un viraje de opinión en su favor y de reacción contra el aplastante silencio que quiso ahogarlo mientras vivió en la plenitud de sus facultades. Las ediciones de sus obras, muchas en for-

---

(1) Schmutzig Schaf und milde, grob und fein,  
vertraut und seltsam,  
und rein, der Narren und Weisen Stelldichein:  
Diess Alles bin ich, will ich sein,  
Taube zugleich, Schlange und Schwein (N.º 11).

(2) Ja! Ich weiss, woher ich stamme!  
Ungesattigt gleich der Flamme  
Glühe und verzeher'ich mich.  
Kohle Alles, was ich lasse:  
Flamme bin ich sicherlich! (N.º 62).

ma lujosa y magnífica, se han multiplicado en Alemania. Hay traducciones de ellas, por lo que yo sé, en inglés, francés y español. Debe haberlas también en italiano y otros idiomas.

Pocos nombres resuenan más que el de este hombre singular y señero en los campos de la filosofía, de la cultura y de los problemas sociales contemporáneos. No es difícil, pues, encontrarse con él y, para juzgarlo, es menester hacer de este encuentro algo serio, estudiándolo con criterio amplio y sereno, tratando de verter claridad en los problemas que ofrece, y, sin olvidar la simpatía comprensiva con que se deben abordar las cosas de la inteligencia, mostrarse equitativo e independiente para valorizar lo bueno y lo malo que se halle.

Así, por numerosos que sean los estudios publicados sobre Nietzsche, uno más llevado a cabo en la forma indicada, se justifica. Fuera de la leal exposición descriptiva de hechos, escritos y doctrinas, pondrá de manifiesto la actitud personal del autor ante el hombre y su ideario.

## I

Primeros años y educación  
Schopenhaueriano y wagneriano.

1844 - 1876

---

En la parroquia semi rural de Roecken, que su padre servía como pastor luterano, nació Nietzsche el 15

de octubre de 1844. Roecken es un pequeño pueblo de Turingia, no lejos de Lützen. Al niño se le puso el nombre de Federico Guillermo en homenaje al rey de Prusia en cuyo día vino al mundo. Fué motivo de regocijo durante la infancia y la primera juventud de Nietzsche que su cumpleaños, por coincidir con el onomástico del soberano, se celebrara como día festivo.

Parece que el padre, Carlos Luis, había ido a buscar al tranquilo pueblo reposo para su cabeza y sus nervios fatigados. Era un apasionado de la música. Con frecuencia a la caída de la tarde improvisaba en el órgano rústico de la pequeña iglesia. Pero el descanso le duró poco. En agosto de 1848 sufrió un golpe en la gradería exterior del templo, su cabeza chocó violentamente contra los escalones de piedra, perdió la razón y al cabo de un año falleció. Tenía solamente treinta y seis años y Federico quedaba huérfano de padre antes de cumplir los cinco.

La familia se trasladó a Naumburg, apacible lugar de las orillas del Saale. Nietzsche era el único hombre en medio de cinco mujeres que, por supuesto, no dejaban de mimarlo: su abuela, su madre, dos tías y su hermana Isabel. No fué raro que el niño creciera modosito. Era de aire grave y maneras distinguidas. De ascendencia de pastores luteranos, su abuelo también lo había sido, el futuro «anticristo» tuvo en aquel tiempo la disposición de entregar su vida a la iglesia. Se le llamaba entonces con frecuencia «el pastorcito»

y se sentía penetrado de su alta función cuando leía en alta voz en el colegio capítulos de la Biblia.

Temprano se revelaron en él sus notables aptitudes musicales, no sólo como admirador y ejecutante sino aun como compositor. Un coro de Haendel, oído a los nueve años en el templo, despertó este seno de su espíritu y pronto fué capaz de sentir el goce de la música de Mendelsohn, a quien conoció personalmente, de Bach, Berlioz, Liszt, Haydn y Schumann.

Existía en la familia la tradición de que los Nietzsche descendieran de un noble polaco, el conde Nietzky o Nicki; nuestro filósofo vivió siempre en esta creencia, le halagaba, y más de una vez refirió complacido en años posteriores que la gente en los hoteles u otras partes le adivinaba en sus rasgos personales ascendencia polaca. Pero según las investigaciones del profesor norteamericano Crane Brinton, no hay tal; se puede afirmar que la familia Nietzsche es netamente alemana y que si alguna partícula de sangre extranjera ha corrido por sus venas ésta sería más bien checoeslovaca (1). El mismo nombre familiar parece ser el diminutivo del de un santo muy popular entre los bohemios, San Nicolás. De aquí Nico, Nicky.

Nuestro joven hizo sus estudios preparatorios en un colegio de Naumburg y a los doce años pasó a continuarlos en Pforta, donde había obtenido una beca. La antigüedad del Instituto de Pforta, como fundación monacal, casi se confundía con los orígenes de

---

(1) Nietzsche-Harvard University Press. 1941.

la cultura alemana y gozaba de gran prestigio por contar con eminentes humanistas entre sus profesores y por la severa disciplina de su régimen. Había tenido discípulos que eran figuras ilustres de las letras alemanas como Klopstock. Aquí se inició Nietzsche en los estudios clásicos. Esquilo, Sófocles, Platón y los líricos griegos pasaron a serle familiares, y asimismo Sallustio y Tácito, por quienes tuvo cierta preferencia, entre los latinos. Sus autores modernos favoritos eran Schiller, Byron y particularmente el desgraciado Holderlin. Para su bachillerato presentó un trabajo en latín sobre Theognis de Megara y obtuvo notas que lo calificaban de excelente estilista en alemán y de correcto latinista.

Llega la hora de los estudios universitarios. En este momento, a los veinte años, dudas e incertidumbres asaltan su espíritu. Piensa que no será pastor. Poco antes de salir de Pforta, en 1863, escribe Nietzsche a su madre que se encuentra muy perplejo sobre su porvenir. ¿Qué estudiaré?, se pregunta. Sólo se le ocurre honradamente que lo que emprenda debe hacerlo a fondo y que con seguridad tendrá que sacrificar muchas cosas predilectas a la fecha para él. A la vez atisba problemas más hondos. Con la petulancia de un adolescente, que ya anunciaba al futuro rebelde, dice en este tiempo: «Con frecuencia la sumisión a la voluntad de Dios y la humildad no son más que una capa arrojada sobre la cobardía que sentimos en el momento de afrontar realmente nuestro destino». Pero ve

también los peligros de la negación pura y escribe: «Arriesgarse sin guía ni compás en el océano de la duda es pérdida y locura para un cerebro joven; la mayor parte de los que se aventuran son destrozados por el huracán; pequeño es el número de los que descubren regiones nuevas. Frecuentemente toda nuestra filosofía me ha parecido una torre de Babel. Infinita perturbación de los pensamientos populares es su desolador resultado; debemos esperar grandes trastornos para el día en que la multitud haya comprendido que todo el cristianismo está fundado en afirmaciones gratuitas. La existencia de Dios, la inmortalidad, la autoridad de la Biblia continuarán siendo problemas eternamente. Yo he intentado negarlo todo: ah! destruir es fácil... pero construir!» (1).

Ingresa nuestro joven a la Universidad de Bonn y se inscribe para seguir filosofía y teología. Toma, naturalmente, parte en la vida estudiantil y se incorpora en una de las asociaciones de estudiantes, la Franconia Burschenschaft. Francachelas de restaurant con derroche de humor y de cerveza llenan sus ratos de ocio. Para seguir la costumbre se bate con un compañero y recibe una estocada sin mayores consecuencias (2). Pero

(1) Citado por Daniel Halevy. Vida de Nietzsche.

(2) El profesor Brinton antes citado, sostiene fundándose en la obra de E. F. Podach (*Nietzsche's Ynsummenbruch*) que en este tiempo contrajo Nietzsche la sífilis que lo condujo más tarde a la locura y a una prematura muerte. Pero el traductor del Epistolario inédito, cree que la causa de estos males fueron una lesión interna sufrida en la cabeza por una caída de caballo ocurrida durante el servicio militar de Nietzsche y las enfermedades que antes padeció en la guerra de 1870. Menos probable esta hipótesis.

este materialismo de cervecería, el libertinaje en el goce de las bebidas y el tabaco, no podían ser del agrado de Nietzsche. Propuso éste una reforma de la asociación y, no siendo aceptada, ¡qué iba a serlo!, renunció como miembro de ella. Poco después se retiró también de la Universidad, donde alcanzó a cursar sólo dos semestres (1864-1865).

Tuvo Nietzsche la suerte de encontrar en Bonn un gran profesor, al eminente filólogo Federico Ritschl, espíritu abnegado, entusiasta por el cultivo de la ciencia y severo en la comprensión de sus exigencias y de sus métodos. Ritschl supo convencer a nuestro futuro filósofo de que se dedicara sólo a las letras griegas y latinas y dejara a un lado la teología. Por un conflicto interno Ritschl tuvo que trasladarse a la Universidad de Leipzig y Nietzsche lo siguió.

En Leipzig transcurrió la verdadera vida universitaria de Nietzsche. Continuó sus estudios filológicos bajo la dirección de Ritschl y, entre ellos, primeramente su trabajo sobre Theognis de Megara. Luego llevó a cabo otros referentes a los «Catálogos antiguos de los libros de Aristóteles» y a la «Rivalidad de Homero y de Hesíodo». Se presentó a un concurso abierto por la Universidad sobre el tema de «Las Fuentes de Diógenes Laercio» y obtuvo el premio. Fundó entre los estudiantes un Club Filológico, lugar de debates y controversias, e inició con su compañero Erwin Rohde una de sus pocas verdaderas amistades. Rohde fué después un distinguido profesor de Filología.

Un día cae en sus manos «El Mundo como voluntad y representación» de Schopenhauer, y este libro se apodera de su espíritu y lo agita profundamente. Por leerlo duerme apenas; se acuesta a las dos y se levanta a las seis de la mañana. Descansa tocando algo al piano y alterna sus meditaciones con la composición de algún trozo musical. Schopenhauer va a ser su maestro predilecto por un buen número de años. El gran pesimista lo orienta sin duda hacia la filosofía y no es mera casualidad que esto coincida con algunos desencantos filológicos. En carta a Erwin Rohde le dice que «la labor de la mayoría de los filólogos es como labor de topos. Interesados en los gusanillos que puedan almacenar en sus buches permanecen ciegos para los verdaderos y urgentes problemas humanos». Y a Paul Deussen, otro amigo, por el mismo tiempo: «La filología es un monstruo engendrado por la diosa filosofía con algún cretino o idiota».

Al venir a Leipzig, Nietzsche no había ocultado que lo halagaba la perspectiva de conocer en la gran ciudad mujeres espirituales, artistas bonitas, literatos de renombre. ¿Era esto anhelo real o sólo veleidad fugaz y humor dicharachero? Sea como quiera, al poco tiempo decía que su único consuelo lo encontraba en la lectura de Schopenhauer, en la música de Schumann y en sus paseos solitarios.

Por su miopía se había librado Nietzsche en ocasiones anteriores de hacer el servicio militar, pero en 1867 lo obligaron a hacerlo y fué asignado a un regi-

miento de artillería montada de guarnición en Naumburg. El trabajo le resultó formidable. En las cinco primeras semana tenía que levantarse a las cinco y media de la mañana para hacer el asco de la cuadra y rasquetear su caballo. Luego la faena, con sólo media hora de interrupción, duraba hasta las seis de la tarde.

A Rohde le hace una pintura animadísima de su vida militar en los siguientes términos:

«Sí, querido amigo: si un genio te guía hacia Naumburg en hora matinal, digamos entre cinco y seis, y tiene la amable intención de dirigir tus pasos hacia mí, no te admires del cuadro que se ofrecerá a tus sentidos. Respirarás de pronto la atmósfera de un establo. A la luz de las linternas descubrirás varias figuras, oirás relinchar, piafar, cepillar y golpear alrededor de ti, y en medio de todo esto, vestida de mozo de cuadra, afanosamente ocupada en trasladar con las manos algo inexpresable, y que no se puede ni mirar, o limpiando el caballo con la almohaza, verás una figura humana, a la vista de cuyo rostro se te pondrían los pelos de punta, pues es, ¡por el diablo! la mía propia.

«Un par de horas después verías dando vertiginosas vueltas en el picadero dos caballos con sus jinetes correspondientes, uno de los cuales se parece mucho a tu amigo. Cabalga su fogoso e impulsivo corcel, y espera aprender a montar bien alguna vez, aunque ahora sólo lo hace en pelo, con polainas y espuelas, pero sin látigo. Quizá así aprenda mejor. También tuvo que darse prisa a olvidar todo lo que oyó en el picadero

de Leipzig, y ante todo esforzarse en adquirir una posición segura y reglamentaria.

«A otras horas del día está tu amigo laborioso y atento al pie del cañón y saca granadas del armón, limpia el ánima con la escobilla o apunta por grados, varas, etc. Ante todo debe estudiar muchas cosas militares.

«Te aseguro que mi filosofía tiene en la actualidad ocasión de serme prácticamente útil. Hasta ahora no me he sentido humillado en ningún momento, más bien he sonreído con frecuencia como ante algo fabuloso. Cuando, sin cesar la carrera, siento que voy a escurrirme bajo el vientre del caballo, grito: ¡Schopenhauer, váleme! Y cuando, agotado y cubierto de sudor llego a casa, me tranquilizo con una mirada a su retrato que tengo sobre mi mesa, o abriendo el «Parerga» que con Byron, me es mucho más simpático que nunca».

Y en otro ocasión agrega: «De ver un artillero recluta como yo, acucillado en un escabel sucio, soñando con Demócrito, los dioses se reirían de buena gana».

Considerando la diferencia entre el vivir de estudiante y el de conscripto le comunica al mismo amigo estas reflexiones:

«Seguramente los hebreos (o los caldeos como ordenadores del calendario) fueron guerreros o trabajadores y no estudiantes. Estos hubieran adoptado seis días festivos y uno de trabajo y en la práctica hubieran igualado éste a aquéllos. Por lo menos tal era mi costumbre y ahora siento enérgicamente el contraste en-

tre mi vida actual y mi anterior ociosidad científica. Si se pudiera reunir a todos los filólogos de diez años acá y hacerles rendir un trabajo en su ciencia igual al que es costumbre exigir en el servicio militar, al cabo de otros diez años la filología sería innecesaria porque toda la labor estaría hecha».

Pero el recluta terminó jactándose de que había llegado a ser un buen jinete, lo que no obstó por desgracia a que un malhadado golpe le fracturara el esternón. Sufrió desgarramiento de los tejidos del pecho, supuraciones y fiebres, dolencias que lo tuvieron cinco meses postrado.

En Leipzig, donde regresó una vez restablecido, esperaba a Nietzsche uno de los mayores vuelcos de su vida, tanto para el bien como para el dolor: el encuentro con Ricardo Wagner y comienzo de sus relaciones con él. «Alemania conocía y admiraba ya, dice Daniel Halevy, a este hombre tumultuoso, poeta, compositor, publicista y filósofo: revolucionario en Dresden, autor silbado en París, favorito de la corte en Munich». Había llegado Wagner de incógnito a Leipzig, donde tenía una hermana, la señora de Brockhaus. En su casa conoció a la señora de Ritschl. Ejecuta ante ambas una parte de sus «Maestros Cantores de Nüremberg». La señora de Ritschl le dice que ya ha escuchado ese trozo. El maestro se sorprende y manifiesta deseos de conocer al ejecutante. Le presentan a Nietzsche. El efecto sobre éste fué fulminante. No es en forma alguna exagerado decir que se apoderó del

alma sedienta del joven un entusiasmo delirante por el revolucionario de la música. Lo encuentra el hombre más grande, el genio más eminente de su tiempo: «dominan en él una tan incondicionada idealidad, una tan profunda y comunicativa humanidad, un tan elevado concepto de la seriedad de la vida que a su lado se siente uno como cerca de lo divino...». En su trato es vivo e ingenioso. Refiriéndose a algunas críticas de que Wagner ha sido objeto lo llama Nietzsche mártir de la filología a quien los tontos literatoides (Litterator) se han permitido orinar. En su crepúsculo, en su último año de lucidez, recordando estos momentos dice Nietzsche (1) que, como todo lo alemán le perturbaba la digestión, su primer encuentro con Wagner fué como si respirara por primera vez en su vida. Nosotros preguntaremos: ¿Y los buenos amigos alemanes que ya tenía, como Rohde, Geodorff, Deussen? Tal vez no los consideraría muy alemanes.

Coinciden Wagner y Nietzsche en su común admiración por Schopenhauer y este es un lazo más de unión entre ellos. El joven ha encontrado por el momento sus dos más grandes mentores. «Para mí, dice, todo lo mejor y más bello está unido a los nombres de Schopenhauer y Wagner»:

—Antes de recibir los grados académicos que nos habiliten para el ejercicio del profesorado, dice Nietzsche a Rohde, debemos ir a París a apreciar la divina

---

(1) *Ecce Homo*, pág. 37.

fuerza del cancán y a beber el dorado veneno. Después volveremos dignos de marchar a la cabeza de la civilización.

Pero este tentador proyecto no se realizó. Para ocupar una cátedra vacante en la Universidad de Basilea, Ritschl recomendó a su discípulo predilecto con particular encomio. «En los treinta y nueve años de mis actividades académicas, decía, en que he podido estudiar a tanto joven, nunca he encontrado uno que a tan temprana edad mostrara la madurez de este Nietzsche. Estoy seguro de que algún día figurará en primera línea en la filología alemana. Tiene 24 años; es fuerte, sano, valiente de cuerpo y espíritu. Es el ídolo de los filólogos de Leipzig. Es además amable y discreto. Podrá todo lo que quiera». No cabe una ejecutoria más honrosa. ¿No se sentiría más tarde un poco desengañado el buen Ritschl? Siempre es posible que esto ocurra. La vida trae tantas sorpresas. Así ocurrió en este caso, por lo menos en lo referente a la fidelidad de Nietzsche a la filología y a los filólogos.

Nietzsche fué nombrado a principios de 1869. No se había recibido aún de doctor y la Universidad de Leipzig le confirió el grado sin nuevas pruebas en mérito de sus trabajos anteriores.

Al comunicarle la noticia a su amigo Rohde le dice que estaba soñando con el viaje de los dos a París cuando recibió la proposición. Ya se veía con él deambulando filosóficamente en medio de las multitudes parisinas, en los museos, en las bibliotecas, en Notre

Dame, en la Closerie des Lilas... «Somos los juguetes del destino, agrega. Hace pocas semanas quería proponerte que nos dedicáramos a la química y dejáramos la filología en el rincón de los trastos viejos de nuestros abuelos; y ahora, heme aquí de Profesor Extraordinario de Filología Clásica».

—¿Qué es esto, volubilidad, inconstancia, incertidumbre, humor?, cabe preguntarse.

Poco después añorando la presencia del amigo, le dice con el mayor afecto a Rohde, nota sentimental frecuente en la correspondencia de Nietzsche: «Experimento siempre, mi querido amigo, con el más profundo dolor que no podamos vivir juntos. Ambos somos virtuosos de un instrumento que a los demás hombres no les es dado escuchar y que a nosotros nos produce hondo arrobamiento. Y estamos en costas solitarias, tú en el norte, yo en el sur, y somos desgraciados porque echamos de menos los acordes de nuestro instrumento».

En términos emocionados se dirige asimismo al Barón de Gersdoff: «Ha pasado sin remisión, le dice, la dorada época de libre actividad ilimitada, del presente soberano, del goce del mundo y del arte como espectador desinteresado... Tú conoces el conmovedor lied estudiantil. «Sí, sí, yo también tengo ya que ser filisteo». Los empleos y dignidades se pagan. Sólo se trata de si las ligaduras son para uno de hierro o de hilo. Y yo poseo aún el valor de romper mis ligaduras cuando fuere necesario e intentar construir de nueva manera y en otro lugar la azarosa vida. No me en-

cuentro todavía ni rastro de la joroba característica del profesor, Zeus y todas las musas me preserven de ser filisteo, hombre abandonado por las musas, hombre de rebaño!» (1).

\* \* \*

Basilea era una próspera ciudad de la libre y democrática Suiza. Podía enorgullecerse de una larga tradición de cultura humanista. Erasmo y Sebastián Castellion habían enseñado en su Universidad. Tenía profesores tan eminentes como Bachofen, famoso por sus estudios sobre el matriarcado, y Jacobo Burckhardt, el célebre autor de la Historia del Renacimiento en Italia.

Nietzsche, además de su cátedra universitaria, entró a desempeñar clases de griego en el Padagogium, especie de gimnasio anexo a la Universidad. El flamante profesor hizo su clase inaugural el 28 de mayo de 1869 y versó sobre el tema de «Homero y la filología clásica». Dejó una buena impresión. El problema homérico se prestaba mejor que ningún otro para poner de relieve el papel de la personalidad en la creación poética. Los románticos alemanes habían sostenido que un poema era producto del alma popular, del Volkgeist. Alrededor de un débil núcleo se acumulaban a través de las edades las adiciones lentas de cada siglo y nacía la obra de arte. No se necesita-

---

(1) 13 abril de 1869.

ba mucho genio para ello. La obra de la crítica consistía en saber encontrar el fragmento primitivo, la *U r e p o s*. Nietzsche postulaba en su lección que las masas no dan formas definitivas a la creación poética. Encierra tesoros el alma colectiva, pero sólo el genio individual es capaz de librar en ellos y de expresarlos.

Algunos de los temas tratados después por Nietzsche fueron Historia de la lírica griega, el Drama musical griego, Sócrates y la tragedia, Introducción al estudio de Platón, Epigrafía latina, Porvenir de nuestras instituciones culturales.

No era raro que en las pruebas a que asistía Nietzsche los examinados fueran de más edad que el examinador.

Aunque no descuidaba la indumentaria y el buen empaque de su persona, Nietzsche era socialmente retraído. No diremos huraño porque era de maneras suaves y corteses. Debe haber habido algo de timidez sensitiva en su retraimiento y también de orgullo. «Con verdadera voluptuosidad rechazo las invitaciones de toda especie que me llegan diariamente. Oigo en estas reuniones, le expresa a Rohde, tantas voces que me es imposible encontrar la mía propia en medio de ellas».

Los juicios de nuestro profesor sobre sus colegas no fueron por lo general muy favorables, pero hay que citar dos claras excepciones: Burckhardt y Franz Overbeck. Este último desempeñaba la cátedra de Historia de la Iglesia. Figuraba además en el profesorado, como *P r i v a t - d o z e n t*, Romundt, compa-

ñero de la Universidad de Leipzig y del círculo de los schopenhauerianos, con quien Nietzsche continuaba sus relaciones de amistad.

A Burckhardt brindaba Nietzsche su admiración y respeto y se estableció entre ellos un mutuo afecto que se mantuvo a través de los años. La amistad de Overbeck fué de las más constantes y sólidas; pero todo el amor y admiración por Nietzsche no le impidieron afirmar después de su muerte, como que lo había conocido de cerca, que éste, junto con ser hombre de genio, era egoísta, neurótico, absurdamente sensitivo, muy susceptible a la crítica, dogmático e intolerante. Lo que naturalmente puso fuera de sí a Isabel Forester-Nietzsche, que ha cuidado como sacerdotiza de la gloria de su hermano, y la hizo declarar falso lo aseverado por Overbeck, agregando que éste había procedido así por rivalidad y celos intelectuales (1).

Sin embargo Nietzsche no puede olvidarse de Rodhe. Con el lenguaje cálido de un himno a la amistad se dirige a él: «Debo decirte algo con el mayor empeño. Piensa en pasar algún tiempo conmigo a tu regreso. Tú sabes que puede ser esta la última vez por largos años. Te echo de menos en forma increíble. Ofréceme el bálsamo de tu presencia y procura que ésta no sea muy corta. Experimento lo que es no tener a nadie a quien comunicarle lo mejor y lo más duro de su vida. En estas circunstancias de aislamien-

---

(1) Crane Brinton. Nietzsche, págs. 32-33.

to mi amistad se va tornando patológica. Te pido como piden los enfermos: Ven a Basilea. Cuánto daría porque viviéramos juntos. Me estoy olvidando de hablar» (1). Y pocos meses después en otra carta le agrega: «Tengo en mi casa unas uvas muy hermosas. Desearía que estuvieras aquí para que comieras de ellas mientras yo te tocara alguna pieza al piano».

Esto es conmovedor y hace pensar que la amistad de Overbeck no era aún suficientemente íntima. La de Burckhardt tampoco lo era y no lo iba a ser nunca por bastante diferencia de edad entre ambos. El eminente historiador era mucho mayor.

Consecuentemente Nietzsche, comparando en otra carta de este tiempo el amor sexual y la amistad, se declara en favor de esta última. «Aquel es algo terrible, dice, y a quien verdaderamente ama el otoño, unos pocos amigos y la soledad, se le puede profetizar una grande, feliz y fructífera vida». Nietzsche fué siempre tierno en la correspondencia con sus amigos. Entre sus composiciones musicales figuran una Canción a la Amistad y un Himno a la Soledad.

Estalla la guerra franco alemana y pronto Nietzsche siente la necesidad de participar en ella. Pero como había tomado la nacionalidad suiza, la neutralidad de su patria de adopción no le permitía intervenir en calidad de militar. Entró a servir de enfermero y, después de una breve preparación de emergencia que

---

(1) 15 de febrero de 1870.

recibió en Erlangen, anduvo atendiendo heridos en lazaretos, hospitales y trenes; pero con tan mala suerte que, atacado de disentería y difteria, hubo de retirarse. Estaba visto que no le era propicio nada que tuviera relación con el ejercicio de las armas. Se fué a casa de su madre en Naumburg a curarse y convalecer, lo que requirió algunas semanas.

El triunfo de Alemania regocijó a Nietzsche, pero el engrandecimiento de Prusia y su régimen le inspiraron cuidados. «Te diré en confianza, le manifiesta a Gersdorff, que la Prusia actual me parece un poder extraordinariamente peligroso para la civilización».

Pero no es esto sólo. No es únicamente la Prusia motivo de inquietud. Su decepción proviene del mundo. «Tú has sido entre mis amigos, le escribe ese mismo año a Paul Deussen, el último que ha encontrado la senda de la sabiduría... Ciertamente es que, como a mí me sucede, has de sentirte más solitario que nunca y que para nosotros no son ya accesibles muchas posiciones deslumbradoras de la vida. En cambio, tampoco me parecen ya dignas de esfuerzo por alcanzarlas. Nuestro destino es la soledad espiritual y, en ocasiones, una conversación con los que están de acuerdo con nosotros. Más que nadie necesitamos de los consuelos del Arte. No queremos tampoco convertir a nadie porque sentimos que el abismo que nos separa de los demás ha sido cavado por la naturaleza misma. La piedad llega a constituir nuestro más íntimo sentimiento y enmudecemos casi por completo... Seamos com-

pasivos y condescendientes para con el hombre aislado, pero inflexibles en la expresión de nuestra teoría cósmica».

La decepción proviene de las Universidades. Se halla convencido de la exactitud de las críticas formuladas por Schopenhauer. En ellas no cabe una verdad completamente radical y su ambiente se le va haciendo insoportable: la Universidad es para él algo accesorio y aun penoso; tendrá que sacudir su yugo. Piensa en organizar una congregación de espíritus selectos que, dentro de una especie de nueva academia griega con algo de recogimiento claustral, como un Port Royal des Champs, se consagrarían al estudio y a la meditación. «Tal vez puedas pensar, le dice a Rohde, que se trata de un humor excéntrico de mi parte. No hay tal. Es una necesidad».

\* \* \*

Sin embargo, Nietzsche tenía no lejos de Basilea un refugio cordial como a pocos les ha sido dado hallarlo. En Tribschen, a las orillas del lago Lucerna, vivía Ricardo Wagner con su mujer, Cósima, separada de su primer marido Hans von Bülow, hacía dos años. De éste conservaba Cósima cuatro hijos y de Wagner tuvo un pequeñuelo que fué llamado Sigfrido. Nietzsche pasó a ser huésped asiduo del hogar de los Wagner. Casi todos los fines de semana iba allá. Qué de encanto encontraban en ese ambiente su corazón y su espíritu ardoroso de joven de veinticinco años. Wag-

ner tenía cincuenta y nueve. La admiración de Nietzsche por éste había alcanzado su plenitud. Veía en él al artista y al genio llamado a renovar en Alemania la hazaña de los poetas trágicos de la Hélade. Era el ungido para darle a la cultura alemana las formas y el sentido que le hacían falta: el imperio del arte y del individuo superior, que es, por lo demás, lo único capaz de valorizar la vida misma de los hombres. Cómo se compenetraban ahí, se completaban y se estimulaban mutuamente los ideales y los afectos. ¿Estaba Nietzsche prendado de Cósima? ¿Sería tal vez uno de esos estados afectivos y admirativos en que caen fácilmente los hombres y que prestan a las seducciones del eterno femenino el prestigio de las aspiraciones del espíritu? Lo cierto es que poco antes de su catástrofe final, en los postreros días de 1888, Nietzsche escribió un billete que fué como un grito, un estallido de su alma ya incapaz de contenerse, la confesión de un secreto que no había para qué guardar más. «Ariadna, 'te amo», decía (Ariadna Ich liebe dich). Este papel le llegó a Cósima en enero de 1889. La leyenda griega se renovaba; Ariadna era Cósima y Nietzsche, Dionisio, nombre con que firmaba.

A propósito de sus horas de Tribschen le expresaba nuestro profesor a Rohde: «Lo que aquí aprendo, veo y oigo, querido amigo, es imposible de decir. Schopenhauer y Goethe, Píndaro y Esquilo viven todavía, créeme». Y al mismo, después de haber asistido a un concierto de Wagner en Mannheim: «Todos los

recuerdos, todas las sensaciones de arte, ¿qué son comparadas a éstas? Me siento como un hombre cuyo ideal se realiza. ¡Esto es música, esto solamente! Cuando me digo que cierto número de hombres de las generaciones que nos siguen—por lo menos algunos centenares de ellos—se sentirán emocionados por esta música como me siento yo mismo, no puedo menos de augurar una total renovación de nuestra cultura... Todo lo que queda fuera de la música y no tiene relación con ella me produce en verdad repugnancia y desagrado. Al volver del concierto de Mannheim tuve en la noche horror de lo que sería la realidad diurna: me pareció algo que no podía ser efectivo, algo fantasmal.

En 1871, debió Nietzsche por su mala salud ir a tomarse un descanso en Italia. Sufrió las consecuencias de una disentería mal curada, de ictericias y de insomnios. Los insomnios, junto con los dolores de cabeza, los males de la vista y las perturbaciones intestinales serán los azotes de su cuerpo. En un lugar de los Alpes se encuentra Nietzsche con el gran revolucionario italiano Mazzini. Este le comunica las normas de su existencia de luchador en una estrofa de Goethe, que el enfermo recoge como una sabia enseñanza: «Con infatigable esfuerzo—apartarnos de lo mediocre—y en lo completo, bueno y hermoso — vivir resueltamente» (1).

(1) Unablässig streben  
Uns vom Halven zu entwohnen  
Und im Ganzen. Guten, Schönen  
Resolut zu leben.

Restablecido y de vuelta en Basilea, Nietzsche terminó su primer libro «El Origen de la Tragedia» que apareció en los últimos días de 1871. Llevaba como subtítulo «según el espíritu de la música», que en la segunda edición de 1885 le cambió por el de «Helenismo y pesimismo», conservado en las ediciones posteriores.

La obra era la expresión de las más profundas convicciones de su autor y correspondía también a lo que podríamos llamar el espíritu de Tribschen, por lo que fué muy grato a Wagner y Cósima. ¿Cómo no lo iba a ser por otra parte? El maestro aparece en ella, al lado de Beethoven, cual émulo de Esquilo y Sófocles. Pueden aplicarse con razón a este tiempo las siguientes palabras que dirigiera más tarde Nietzsche a Malwida von Meysenbug: «Me va, en suma, propiamente mejor que a todos mis contemporáneos, puesto que mi camino se extiende bajo un cielo griego en que brillan dos soles, Wagner y Schopenhauer» (1).

Wagner le escribió a Nietzsche: «Algo más hermoso que su libro no he leído hasta ahora. Todo en él es superior». Fuera de estos aplausos y de la aprobación de un círculo muy restringido de amigos, el «Origen de la Tragedia» fué recibido por lo demás con reticencias y críticas, cuando no con indiferencia encaminada a sepultarlo en el silencio. Ritschl se manifestó por de pronto reservado y luego le manifestó

---

(1) 7 febrero de 1875.

francamente a su ex-discípulo que «a su edad (65 años) ya no podía cambiar de puntos de vista ni entrar a estudiar la filosofía que había inspirado el libro, la de Shopenhauer. Temía también, agregaba, que la obra «abriera las puertas al diletantismo».

Usener, profesor de la Universidad de Bonn, fué más lejos; expresó a sus discípulos que lo interrogaron al respecto: «La obra de Nietzsche es un puro disparate. No puede tomarse en serio y el que ha escrito tal cosa está muerto científicamente».

En realidad, la excomunión lanzada por los filólogos fué casi unánime. Llamaron chiflado a Nietzsche. Un diario lo incluyó entre «los lacayos literarios de Wagner», calificándolo de músico literato. Una revista evangélica dijo de la obra que era «puro darwinismo puesto en música».

El profesor Ulrico von Wilamowits Mollendorff, de la Universidad de Berlín, publicó un folleto crítico en su contra titulado «Filología del Porvenir». Rohde, tuvo el valor de salir a la defensa de su amigo y le replicó con otro que llamó en desafío «Filología del Pasado».

La *Litterarische Zentralblatt* se negó a insertar en sus páginas una información de este último sobre la obra. Con tal motivo le manifestaba quejoso Nietzsche a Gersdorff: «Esta ha sido la última posibilidad de que una voz seria se dejara oír en una revista cien-

tífica respecto a mi libro. Ya no espero nada... a no ser tonterías y vaciedades» (1).

Pero Nietzsche soportó el temporal con entereza. «Pueden considerarme en mi actual aislamiento, le decía a Rodhe, un fantasioso o un imbécil. Permanezcamos firmes uno al lado del otro, unidos ambos además en nuestro amor a Wagner. No importa que loca y escandalosamente llamemos la atención de los hombres honorables o bellacos».

¿Y por qué tanto revuelo?

En primer lugar recaían sobre la generalidad de los profesores universitarios juicios condenatorios, y era natural y humano que los afectados reaccionaran contra el autor. «Tan extraña fué la visión del helenismo que se reveló entonces, dice Nietzsche, tan particular, que me vi obligado concluir que, no obstante la pompa con que nuestra ciencia clásica se reviste, ésta parece haberse entretenido hasta ahora casi exclusivamente con un espectáculo de sombras chinescas, dejándose satisfacer por apariencias superficiales» (2). Y más adelante: «Después de Goethe, Schiller y Winckelmann, se ha notado decadencia en los estudios griegos y entre los principales culpables figura la casta de los profesores de las más altas Facultades universitarias que han llevado los estudios de la antigüedad por caminos diametralmente opuestos a su verdadero fin» (3).

---

(1) 4 febrero de 1872.

(2) Pág. 113.

(3) Pág. 138.

Pero sobre todo, seguramente, no comulgaban los impugnadores con la filosofía que sustentaba la obra, la de Schopenhauer, y, con ella, rechazaban detalles técnicos y muchas tesis de carácter general.

Nietzsche admira apasionadamente la tragedia griega en la forma que supieron darle Esquilo y Sófocles. La considera la más alta expresión del genio heleno. Eurípides marca para él una deplorable decadencia. La tragedia antigua resulta de la maravillosa síntesis de los instintos dionisiacos y del espíritu apolíneo. Sabido es que el teatro griego se derivó de las fiestas de Dionisio, cuyas peregrinaciones y dolores se trataba de evocar y que tuvo como núcleo el coro entonador del ditirambo, de donde se fué desarrollando la pieza completa. ¡Qué gran figuración le corresponde a Dionisio no sólo en este libro, sino en toda la filosofía de Nietzsche! Si hubiera que elegir un símbolo, un emblema para ella no habría nada más acertado que tomar como tal al dios de los tirsos y pámpanos floridos. «Nietzsche el dionisiaco», cabe decir sin temor de equivocarse. Pero el culto de Dionisio daba lugar a desenfrenos, licencias y crueldades, a actos de impurezas y corrupción que Nietzsche no podía ignorar. Las bacantes en su furor se complacían en desollar y descuartizar animales vivos y en derramar sangre humana. Las orgías de ménades y sátiros eran un delirio de sensualidad. Las mujeres se prostituían en homenaje a un mandato divino. ¿Acepta nuestro filósofo estos excesos como ideal de vida? Naturalmente cuesta creer-

lo, pero no los condena en forma expresa en ninguna parte y por lo que respecta a la crueldad, su doctrina es sin lugar a dudas favorable a ella. Mas su existencia pura y su constante elevación espiritual constituyen un rechazo implícito de los desbordamientos sensuales. Tratando de interpretar con lá mayor amplitud a nuestro autor cabría decir que dentro de la concepción nietzscheana, Dionisio está muy lejos de tener como calidad sobresaliente el ser dios del vino. El y sus coribantes, los mencionados sátiros, bacantes, ménades y demás feligreses, se embriagan en verdad, más no tanto por lo que beben cuanto de luz, de ardor vital, de fuerza, de impulsividad satisfecha, de espontaneidad gozosa: de plenitud de vida, en una palabra, y sin la coerción de razonamientos, reflexiones ni dialécticas. Dionisio es la divinidad de las energías primordiales, de los instintos de crean, mantienen y dan expansión a la vida. El hombre verdadero es el sátiro barbudo que grita con júbilo ante su dios. En su presencia el hombre civilizado no pasa de caricatura engañosa, de muñeco aparential. Los instintos dionisiacos encuentran su más propia expresión en la música y en el mito trágico. Prometeo, Edipo, Orestes, Electra, Antígona y tantos otros, todos más o menos máscaras de Dionisio, carácter fundamental que forma el substrato de los héroes de la tragedia. Ah! la vida es de esencia trágica. Mirando al fondo de ella no se halla más que el dolor cuando no la nada. El espíritu apolíneo da origen al «principio de individuación» y ofre-

ce al hombre el consuelo de la ilusión de las apariencias. Lo apolíneo es medida, moderación y armonía. La influencia apolínea nos libra así de la exuberancia y opresión dionisiacas. Pero las apariencias cabe extenderlas sólo hasta ciertos límites más allá de los cuales lo dionisiaco reaparece triunfante. La individualización se desvanece y vuelve a imperar el ensueño colectivo, en que se cae bajo la influencia dionisiaca. La música es el arte dionisiaco por excelencia, único capaz de adentrar al hombre en los enigmas de las cosas, en la Voluntad, en la Unidad primordial, en los misterios del Ser. Identificándose con esta potencia universal, cruel y benigna, que por deporte crea y destruye «más allá del bien y del mal», los dolores del héroe se diluyen en una especie de solidaridad cósmica. El héroe, la más alta manifestación aparente de la Voluntad, parece sólo como apariencia y esa misma Voluntad, en cuanto vida eterna, permanece intacta después de la extinción del héroe. Dionisio ha hablado la lengua de Apolo, pero éste finalmente ha hecho suya la de aquél y así queda logrado el fin supremo de la tragedia y del arte: la síntesis de las dos tendencias. Las bellas palabras terminales de la obra constituyen un animado cuadro de dicho proceso. «La necesidad de la acción de este poder (el de Apolo), dice Nietzsche, se impondría seguramente a cada uno de nosotros por intuición, si se sintiese transportado, aunque no fuera más que en sueños, a una existencia helénica antigua. A la sombra de los altos peristilos jó-

nicos, ante un horizonte córtado por líneas nobles y puras, viendo alrededor de sí, como en un espejo, la imagen apolínea reflejada, transfigurada en un mármol radiante, rodeada de seres humanos de actitudes majestuosas y de movimientos graciosos, que hablan con gestos rítmicos una lengua armoniosa ¿no sería necesario ante el espectáculo de este inagotable desbordamiento de belleza, elevar los brazos a Apolo y exclamar: «Pueblo feliz de los helenos, cuán grande ha sido el poder de Dionisio entre vosotros, cuando el dios de Delos juzgó necesario emplear tales hechizos para curaros de vuestra embriaguez ditirámbica. Pero a quien así se expresara, un viejo ateniense podría responderle, fijando en él la sublime mirada de Esquilo: «Añade también esto, admirable huésped: ¡Cuánto no debió sufrir este pueblo para adquirir tal grado de belleza! Ahora ven a la tragedia y sacrifica conmigo en el altar de las dos divinidades».

Pero la tragedia clásica decae y perece, suceso que Nietzsche deplora y considera fatal para la cultura e independencia del pueblo griego, funesto para la humanidad. Y lo deplora en medio de las mayores imprecaciones contra los que considera culpables de ese asesinato artístico: Eurípides y Sócrates. Renueva Nietzsche las acerbas críticas de que los hizo objeto el implacable Aristófanes.

Eurípides osó llevar a cabo, según Nietzsche, una guerra monstruosa contra el arte de Esquilo y Sófocles. Eliminó de la tragedia su elemento dionisiaco esencial,

la música, y lo reemplazó por el mecanismo de fuerzas morales y psicológicas, por argumentaciones y sutilezas. «Al perder la inteligencia del mito, dice Nietzsche apostrofando a Eurípides, perdiste también el genio de la música; en vano intentabas con tus ávidas manos apoderarte de todas las flores de su jardín: no obtuviste más que una máscara, una falsificación. Y como renegaste de Dionisio, Apolo te abandonó a su vez. Persigue a todas las pasiones para encerrarlas en tus dominios, ajusta los discursos de tus héroes a una dialéctica sofística cuidadosamente limada y aguzada: las pasiones de tus héroes no serán nunca más que una máscara, una falsificación de pasiones; su lenguaje no será nunca más que un lenguaje de imitación» (1).

Mas Eurípides era únicamente el instrumento de resonancia de una nueva divinidad infausta, de un demonio que acababa de aparecer. Este se llamaba Sócrates y se había señalado como la misión de su vida enseñar a los atenienses, y vale decir a la totalidad de los hombres, a pensar, a reflexionar, a creer en la verdad y buscarla para librarse del virus sofístico, a practicar la virtud, a ver que ésta depende del conocimiento que se tenga de lo bueno, a cumplir con su deber cueste lo que cueste. «Más vale sufrir una injusticia que cometerla», dirán él y su discípulo Platón.

¿Cabe mayor abominación para Nietzsche? ¿El mundo no admite más que una justificación estética. Tiene

---

(1) Pág. 85.

que ser interpretado pesimistamente. Pero el pesimismo no es muestra de decadencia, de fatiga, ni de debilitamiento de los instintos. ¿No hay acaso un pesimismo de los fuertes? ¿No fluye de la exuberancia de la salud y de la fortaleza del ser una inclinación intelectual a lo duro, a lo terrible, a lo malo, a lo problemático de la existencia? ¿No hay una valentía tentadora de aguda mirada que busca lo terrorífico, como el enemigo digno con quien puede batirse, sin temblar ante lo temible? (1). En esta existencia transida de desolación heroica, el arte es la única estrella del hombre. Creando lo sublime lo fortalece para soportar lo terrible, y por medio de lo cómico lo ayuda a sobrellevar lo absurdo. El arte es la tejedora del hilo de Ariadna que puede ayudarlo a orientarse en el laberinto cósmico.

Sócrates ha venido a hablar de todo lo contrario. Este hombre con facha de Sileno es, sin embargo, la negación del hurano compañero de Dionisio: predica ante todo la moral, y una concepción optimista de la vida; predica el bien, la justicia y la armonía entre los hombres; enseña la moderación y el conocimiento y dominio de sí mismo. Y cuanto dicen sus palabras impregnadas de valor y buen juicio lo rubrica en forma deslumbrante con su ejemplo inmortal. Son dos mundos que se contraponen: el dionisiaco y el socrático. Esta oposición era, por lo menos para Nietzsche, irreconci-

---

(1) Prefacio de la edición de 1886.

liable y de sus dardos hace objeto a Sócrates ahora y cada vez que puede. La moral de que se ha hecho campeón Sócrates y la que predicará más tarde el cristianismo significan para Nietzsche la negación de la vida, el ahogamiento de los instintos saludables. Este será uno de los leit-motiv más sostenido de su doctrinario. El optimismo socrático y el optimismo posterior de Epicuro son para Nietzsche síntomas de decadencia. En verdad, no se justifica de ninguna manera, meos personalmente, calificar a Sócrates y Epicuro, de decadentes. Ambos, sobre todo el primero, fueron física y moralmente varones fuertes. La ciencia, que en cierto modo se inicia también con Sócrates, sería asimismo signo de decadencia, de incapacidad y de poquedad de alma. Con sus razonamientos y análisis entume las alas del espíritu dionisiaco. Es un expediente para eludir el pesimismo que hay en el fondo de las cosas; pero resulta un expediente ineficaz, como se muestra ineficaz igualmente para dar una explicación total del universo. La ciencia es el rasgo característico de la crepuscular cultura alejandrina, mundo de hombrucitos teóricos sin inspiración, estériles, que acumulan datos y en los que hasta la decantada «serenidad griega» no pasa de ser un pobre antifaz. Pero el afán de saber científico no es posible desarraigarlo ya y el hombre de ciencia, dice nuestro filósofo, «sigue siendo hoy el eterno hambriento, el crítico sin alegría y sin fuerzas, el hombre alejandrino que es en el fondo un bibliotecario y un corrector de pruebas que pierde su

vida miserablemente entre el polvo de los libros y corrigiendo las erratas de imprenta» (1).

No se habrá dejado de ver que Nietzsche incurre en afirmaciones bastante discutibles. Tendremos que examinar algunas y al hacerlo no podremos prescindir de ejercitar la para nuestro filósofo vitanda facultad de razonar. ¿Cómo convenir en que el mundo no admita más que una justificación estética? Dejemos de lado por el momento lo que esto pueda tener de inaceptable para algunos credos religiosos y asistamos a tal interpretación en el sentido de ver en el mundo, digamos en el Ser, una maravilla. Pero de aquí no se infiere, sin negar en lo menor su gran importancia, que el arte sea lo primordial en la vida del hombre, ni el único hilo conductor que pueda servirle de lazarillo en el dédalo de la existencia, ni la más caracterizada función metafísica. El arte es sin duda primordial para el artista, pero los demás hombres y el artista mismo en cuanto ser humano, tienen que considerar valores relativos a las necesidades de la convivencia social que reclaman la prioridad. En este caso se encuentran los valores morales y jurídicos y aún los religiosos. La función metafísica por excelencia es la metafísica misma y dentro de ella tiene su lugar el arte, por supuesto, pero nada más que como una parte de esa vasta esfera espiritual. Con lo dicho hemos adelantado algo en la cuestión del arte, en cuanto guía para el conocimiento

---

(1) Pág. 128.

transcendente. Más allá del límite hasta donde las afirmaciones de las disciplinas científicas pueden acompañar al hombre, éste queda entregado a los destellos de sus intuiciones y creencias, campo vagaroso por donde se avanza en brazos de la metafísica, de la religión y del arte, siendo mucho mayor la contribución de las dos primeras que la de la última.

Nietzsche hace un empleo profuso del pesimismo. Sin duda que el dolor en el arte, o sea elevado a la categoría de belleza, es el lenitivo para los pesares de la vida. Pero, salvo para la tragedia, nada justifica señalar una concepción pesimista del mundo como base necesaria del arte. Y tanto es así que aún el pesimismo de la tragedia cabe caracterizarlo como pesimismo artístico sin que implique ineludiblemente una concepción pesimista integral. Shakespeare y Goethe, grandes poetas trágicos, supieron gozar de las placidesces de la vida burguesa. ¿Cómo ahogar dentro del marco estrecho del pesimismo el universo maravilloso de la belleza? Cuánta obra de arte plástica, cuánta construcción arquitectónica, cuánta poesía quedarían fuera de él. Antojadizo es asimismo sintonizar falta de pesimismo con decadencia y cobardía y hacer escarnio de la serenidad griega. Es claro que hay un optimismo dulzón y beato, cual muñeco descoyuntado, sin enjundia para hacer cosa de provecho; pero hay también un optimismo viril que, sin ver sombras por doquiera ni mirándolo todo de color de rosa, consiste en el ánimo y entereza para afrontar con valor los problemas que

presenta la vida, encontrando en esto su satisfacción. La serenidad no es más que la compañera del verdadero valor. Este no tiene por qué ser practicado siempre a la tremenda, estilo germánico, y no incluye humour, como lo prueba el valor de los anglosajones y anglo-americanos. El valor latino, particularmente entre los italianos—D'Annunzio, Mussolini—es propenso a revestirse de formas teatrales. Queda una pregunta en esta parte: ¿Significa la moral, en cuanto propugna la morigeración de algunos impulsos e instintos y de algunas pasiones la negación de la vida? De la vida animal sí, pero no de la vida humana en sociedad civilizada.

En un terreno de problemas más concretos, Nietzsche acusa a Sócrates y a Eurípides de ser culpables de la extinción de la tragedia antigua y con ello de la que fuera su consecuencia inevitable y funesta, la decadencia de la Grecia. ¿No habrán sido más bien ambos inculpados nada más que la expresión del espíritu de la época que, sin ellos, habríase manifestado por otros voceros o de distintas maneras? Como cuando existe en general, las formas literarias nacen, llegan a la cúspide de su florecimiento y mueren. Tal ha sido la suerte, no sólo del teatro griego sino de todos los teatros del mundo: del drama y de la comedia del Siglo de Oro español, de la tragedia clásica francesa, del drama isabelino de Inglaterra. En Atenas la modificación de la tragedia se empieza a notar ya en tiempo del mismo Esquilo. Las piezas de Sófocles, que mar-

can la cima de lo perfecto, son menos grandiosas, menos titánicas y místicas, que las del teatro esquiliano. El alejamiento de lo divino y el predominio de lo humano se acentúa en Eurípides que se muestra más escéptico y mundano, más pragmático y utilitario que sus grandes predecesores; pero sus dramas no carecen por esto ni de belleza ni de interés. Sófocles decía que él pintaba a los hombres como debían ser y que Eurípides los pintaba como eran.

Dando por sentado que el ocaso de la tragedia fuera signo de decadencia, justo es reconocer por lo menos que ésta no se extendió a todas las esferas del espíritu ateniense, ya que entonces aparecieron la Historia de Tucídides, los diálogos de Platón y las obras de Aristóteles que bien valen por otras tantas tragedias. Nietzsche casi identifica la tragedia con la cultura griega. ¿No será esto darle un peso y volumen en los destinos sociales mayor del que le corresponde? ¿No será esto el resultado de las predilecciones pesimistas de nuestro autor? Así lo creemos. La decadencia de la Grecia ha obedecido a la acción de causas deletéreas, más profundas, de carácter social, moral, económico y político, y la ruina de la tragedia no es más que un síndrome entre otros que han acompañado a la disolución del mundo helénico. El término de la producción dramática de Shakespeare y el ocaso del teatro de su época no trajeron ni con mucho la decadencia definitiva de la nación inglesa. Otras cosas,

muchas en el campo del arte escénico también, han venido a dar muestras de su vigor espiritual.

«El Origen de la Tragedia» constituye, por último, un llamado ardoroso al resurgimiento del pueblo alemán. En su seno se va a operar la resurrección de la antigüedad helénica, y esta es la única esperanza de regeneración y purificación del espíritu germano. El milagro se llevará a cabo en los ríos encantados por las ondas de la música. El pueblo alemán debe sacudir el harnés de la civilización latina que equivale al yugo de una informe barbarie. En esta lucha el alemán, si se encuentra solo, ha de tomar como símbolo el cuadro de «El Caballero, la Muerte y el Diablo», pintado por Alberto Durer, el caballero cubierto de su armadura, de mirada fiera y firme que, solo, con su caballo y su perro, prosigue impasible su espantoso camino, sin cuidarse de sus horribles compañeros y sin miedo (1). O en otros términos: Adelante, siempre adelante, aunque tengáis que ir sembrando y sufriendo la muerte asociados con el diablo.

«Sí, amigos míos, dice por fin Nietzsche, creed conmigo en la vida dionisiaca y en el renacimiento de la tragedia. El tiempo del hombre socrático ha pasado. Con el tirso en la mano, coronaos de hiedra y no os asombréis si el tigre y la pantera vienen a echarse cariñosamente a vuestros pies. Atreveos a ser hombres trágicos: así mereceréis la libertad. Preparaos para ru-

---

(1) Pág. 130.

dos combates, pero creed en los milagros de vuestro dios» (1).

Se dirían las voces de las trompetas que desencadenaron sobre el mundo la tormenta actual.

En esta obra quedan ya establecidos dos rasgos fundamentales de Nietzsche: es dionisiaco y anti-socrático, o sea, irracionalista. Pero además resalta el hecho notable de que a este joven de veintiséis años lo acucia el problema de darle un sentido profundo a la vida.

\* \* \*

En abril de 1872, los Wagner abandonaron Tribschen para fijar su residencia en Bayreuth. Fué para Nietzsche un rudo golpe sentimental. Se abría un vacío en su alma. Perdía el único refugio en que hallaba reposo su espíritu desolado. Fué allá el último día. Cósima atendía a los postreros arreglos. Nietzsche ayudó a embalar manuscritos y libros. Un pesar profundo los embargaba a todos. De repente Nietzsche no pudo contenerse más, se sentó al piano y en una desgarradora improvisación expresó los sentimientos que oprimían su pecho. «Cuánto significan para mí, decía poco después a Gersdorff, estos tres años vividos cerca de Tribschen! ¡Qué sería yo sin ellos! Me siento feliz por haber podido perpetuar para mí en mi libro este mundo de Tribschen» (2). Y algo más tarde: «Po-

(1) Pág. 140.

(2) 1.º de Mayo de 1872.

dría olvidar, liquidar muchas cosas de mi vida, pero por nada los recuerdos de Tribschen.

\* \* \*

Regresó Nietzsche a Basilea para continuar en sus poco gratas faenas universitarias. Vivió en la intimidad de sus dos amigos y colegas, Overbeck y Romundt, amigos de mesa, de casa, de ideas, la mejor compañía del mundo, como él mismo decía. Pero su precaria salud no le dejaba muchos respiros de bienestar. Dolores de cabeza y de estómago, mareos, náuseas, vómitos, malestar de los ojos, irritables a cualquiera luz un poco viva, lo atormentaban con frecuencia. Las conmociones de su alma tan sensible sacudían fácilmente su frágil organismo y lo conturbaban con dolorosas crisis. Una de ellas ocurrió cuando su amigo Romundt se convirtió al catolicismo y manifestó su resolución de recibir las órdenes sagradas. ¿Convertirse al catolicismo? Apenas cabía mayor abominación para Nietzsche. Era demasiado que un amigo íntimo de tantos años, con el cual había creído vivir en una perfecta comunidad de ideas libres, cayera en semejante claudicación. El golpe fué aún más rudo por lo repentino y sorpresivo. Romundt había mantenido en secreto su conversión. Cuando partió de Basilea, la despedida de los amigos fué dramática. Romundt lloraba diciendo que los días más felices de su vida quedaban atrás. Nietzsche cayó a la cama con un dolor de ca-

beza que le duró treinta horas y con vómitos de bilis.

Para dar expansión a su amargura y en esperanza de alivio para ella, sin referencia particular al caso de Romundt, Nietzsche le escribió una cuitada carta a Wagner. Este le contestó en forma muy cordial y no exenta de *humour*. «Su carta, le decía, nos ha inquietado de nuevo a su respecto. Ahora mismo mi mujer le escribirá más extensamente de lo que yo lo hago, pero tengo un cuarto de hora justo de descanso y quiero,—quizás para mayor hastío suyo,—consagrarlo a poner a usted un poco al corriente de lo que aquí hablamos a su respecto. Entre otras cosas, me parece que jamás he tenido en mi vida la sociedad intelectual que encuentra usted en Basilea para regocijo de sus veladas; no obstante, si todos los que la forman son, como parece, hipocondríacos, confieso que la cosa no la encuentro muy apetecible. Lo que les falta a ustedes, los jóvenes de hoy, son mujeres. Ya sé que hay dificultad en conseguir las, pues, como decía mi amigo Sulzer: «¿dónde encontrar mujeres sin robarlas?». Por otra parte, en caso de necesidad se podrían robar. Quiero decir que deberá usted casarse o componer una ópera; para usted, lo uno sería tan bueno o tan malo como lo otro. Sin embargo, considero mejor el matrimonio» (1).

Como se ve, el consejo no tiene nada de extraordinario. Es el que se da con más frecuencia a la gente joven. Esta, prendida en la ilusión del amor, no hace

(1) Citado por Daniel Halevy. Vida de Nietzsche.

otra cosa que apresurarse a seguirlo. Otros se someten tanto a él que se casan por casarse. La felicidad, diosa esquiva y caprichosa, suele ser compañera de una u otra especie de unión o alejarse de ésta o aquélla, sin que se pueda decir nada definitivo al respecto: Nietzsche no era hombre para casarse por casarse, ni fácil tampoco de caer en las redes del amor. Sus inquietudes puramente, intensamente espirituales, lo apartaban de sus tentaciones. Ya lo hemos visto manifestar su preferencia por la amistad sobre el amor entre los sentimientos que imantan el alma humana.

Sin embargo, muy dentro de sus contradictorios estados de ánimo, le decía Nietzsche a Malwida von Meysenbug, en carta del 25 de octubre de 1874: «Felizmente no tengo ambiciones políticas ni sociales. Ningún peligro puede amenazarme por este lado; no tengo defecciones, no estoy obligado a transacciones. Puedo decir lo que pienso y someteré a prueba hasta qué punto nuestros contemporáneos, tan orgullosos de su libertad de pensar, soportan en realidad el libre pensamiento. No le pido demasiado a la vida. Contra lo que merezco cuento con excelentes amigos. Deseo sí, hablando en confianza, pronto una buena mujer, y entonces todos los deseos de mi vida quedarán satisfechos. Todo lo demás lo tengo ya».

Convengamos en que esta carta es para dejar estupefacto a cualquiera. En ella nuestro descontentadizo filósofo confiesa que lo tiene todo, menos una mujercita. Salvo el justificado alarde de libre pensamiento, se

muestra como cualquier buen vecino, honrado y trabajador, que, después de haber amasado una fortuna, busca una compañera para gozar de la vida.

Dentro de pareja disposición de espíritu le dice a su misma amiga Malwida a mediados de 1877: «Hasta el otoño tengo la hermosa tarea de ganarme una mujer». Y por ese mismo tiempo, con un sentimentalismo en que se mezclan efusiones de la amistad y, al parecer, nostalgias de amor, le escribe a su amigo Erwin Rodhe: «Cada vez que pienso en ti lo hago con enternecimiento. Alguien me comunicó recientemente: la esposa de Rodhe es en alto grado encantadora y la nobleza de su alma se revela en cada uno de sus rasgos. Al leerlo se me saltaron las lágrimas». Pero un año antes en carta a von Gersdorff le expresaba: «No me casaré. Odio tanto las limitaciones del orden civilizado que me parece muy difícil que haya una mujer de ánimo bastante libre para seguirme. Cada día me gustan más los filósofos griegos como modelos de vida». Se notan las oscilaciones de ánimo de Nietzsche: ¿En qué vamos a quedar? Después de una desgraciada e infructuosa tentativa de matrimonio llevada a cabo pocos años más tarde, vamos a quedar en lo recientemente dicho: en «no me casaré».

En 1875 Isabel se fué a instalar con su hermano a Basilea. Nietzsche se muestra muy contento. Viven en forma tranquila y sencilla. En esos días se inicia la relación personal de Nietzsche con el músico Peter

Gast (1). que se comportó como un fiel amigo hasta el final de la vida del filósofo. Cuenta Gast sus impresiones en el Prólogo de las Cartas de Nietzsche recopiladas por él y dice: «Nos sorprendió su bondad, su seriedad íntima, su ausencia de todo sarcasmo. La energía que expresaba su rostro, el fuego de sus ojos, trataba de suavizarlos con sus palabras. Dejaba la impresión de un gran dominio interior. Severo consigo mismo, severo en asuntos de principios, sus juicios sobre los hombres eran, al contrario, de extrema benevolencia... Nunca he vivido en medio de una cordialidad más agradable acompañada del más exquisito buen humor. La presencia y los cuidados de su hermana eran para Nietzsche, después de una soledad de seis años, motivos de profundo bienestar. Muchas veces teníamos la felicidad de escuchar a Nietzsche tocar el piano. Era también compositor. Le oímos una composición suya, un «Himno a la Soledad», tema tratado con ruda grandeza y con acentos que tenían algo de inexorable».

Pero la mala salud de Nietzsche no dejaba de poner sus notas sombrías en el cuadro. Tenía que pasar temporadas a régimen de leche. Como por el mal estado de sus ojos él no podía leer, Isabel le leía en las horas de descanso novelas de Walter Scott. La leche y Walter Scott son mis alimentos, declaraba Nietzsche.

---

(1) Su verdadero apellido era Koselitz. Peter Gast significa Pedro el Huésped, nombre dado en un principio en broma por Nietzsche y que se sustituyó definitivamente al verdadero.

En unas vacaciones pudo nuestro filósofo leer a Don Quijote. Es la lectura más amarga que existe, decía. Mis dolores personales se aminoran al recorrer estas páginas. Uno tiene que reírse espontáneamente. Toda la seriedad, todas las pasiones y todo lo que el hombre lleva en su corazón son quijoterías.

Hemos mencionado antes a la señorita Malwida von Meysenbug. Era una escritora distinguida de alma muy delicada y muy culta. Ella y Nietzsche se conocieron personalmente en las festividades de la colocación de la primera piedra del teatro wagneriano de Bayreuth en mayo de 1872. Los presentó Cósima. Fué el principio de una dulce y constante amistad, la más larga que haya mantenido Nietzsche con una mujer. Malwida escribió un libro de recuerdos, *Memorias de una Idealista*, que impresionó mucho a Nietzsche. «Hace cuatro días,—le decía éste a la autora, en carta de abril de 1876, encontrándome solo a orillas del lago Ginebra, pasé todo un domingo junto a usted, desde la primera hora de la mañana hasta la noche bañada de luna. La he leído de punta a cabo, con una atención reavivada a cada página, y sin cesar de repetirme que jamás había pasado un domingo más sauto. Usted ha hecho llegar hasta mí una impresión de pureza y de amor que ya no me abandonará... Se hallaba usted ante mí como una forma superior de mi ser, una forma muy superior, y que, no obstante, sin humillarme, me animaba; así atravesaba usted mis pensamientos, y midiendo mi vida con la suya, compren-

día mejor lo que me faltaba: ¡tantas y tantas cosas! Le doy a usted las gracias mucho más de lo que podría hacerlo por un libro. Estaba enfermo, dudoso de mis fuerzas y de mis fines; creía que me vería obligado a renunciar a todo, y mi más grande temor era la duración de una vida de la que sólo quedaría un peso horrible al tener que abandonar sus fines más elevados. Ahora me siento más sano y más libre y considero sin torturarme los deberes que debo cumplir... Uno de los temas más elevados, que gracias a usted he descubierto es el amor maternal sin vínculo físico entre la madre y el niño (1). Es una de las más espléndidas manifestaciones de las caritas. Concédame usted, querida señora y amiga, un poco de este amor, y vea en mí a uno de aquellos que más necesidad tienen de ser hijo de una madre de tal calidad». ¿No es conmovedora esta súplica de amor, de amor maternal? ¡Cuánta ansia de ternura revela! Y Nietzsche tenía a su hermana que se consagraba a él con entera devoción y a su madre que también lo amaba mucho. Por la diferencia de edades el ruego no iba descaminado: Malwida era veintiocho años mayor que Nietzsche.

Para procurarle días de descanso y esparcimiento lo invitó a que fuera a vivir una temporada con ella en su residencia de Sorrento, donde se encontrarían,

---

(1) Se refiere a la adopción que Malwida había hecho de los hijos de Alejandro Herzen cuando quedaron huérfanos. Especialmente para la niña Olga, que más tarde contrajo matrimonio con el historiador francés Gabriel Monod, fué una verdadera madre, cariñosísima y ejemplar.

además, unos pocos amigos escogidos. Pasó en efecto nuestro filósofo los últimos meses de 1876 y los primeros de 1877. Debió encontrar en la casa de su amiga una muy grata compañía; pero sus dolencias no le dejaron en paz. No halla remedios para sus dolores de cabeza ni para el mal estado de sus ojos y tiene que esquivar a menudo el trato de los que lo rodean. Felizmente regresa de buen humor. Refiriéndole su viaje de vuelta le dice a Malwida: «La travesía de Génova a Milán la hice con una joven bailarina de un teatro de esta ciudad, joven muy agradable; Camila era mucho simpática. Oh! si usted hubiera oído mi italiano. Si yo fuera un pachá me la habría llevado a Pfafers, para que bailara cuando estuviera cansado de mi trabajo espiritual».